

Lección XXIV  
23 de junio de 1965  
(seminario cerrado)

Quise que nuestra última reunión de este año fuera uno de los llamados seminario cerrado, es decir, ese momento o ese lugar en el que manifesté, este año el deseo de escuchar, en suma, un cierto número de eventuales respuestas a lo que puedo verme llevado a plantearles en mis cursos. Es una empresa que no ha resultado, este año, demasiado azarosa. No obstante, para esta última reunión, por poco no contamos con el conjunto de lo que esperaba de algunos que habían manifestado explícitamente el deseo de estar presentes con la palabra en uno de mis seminarios de este año y se vieron, como ocurre a los psicoanalistas, siempre muy ocupados, se vieron un tanto cortos de tiempo.

Bueno. Al respecto, me llevé una buena sorpresa; me trajeron, en último momento, un texto sobre, lo verán, un libro que me parece muy, muy importante. Verán por qué me parece tan importante; no es solamente porque les podrán hablar de él, con toda pertinencia, como muestra de ciertas coordenadas que creo haber dilucidado perfectamente bien ante ustedes, este año, respecto a lo que se llama el deseo. Y luego entonces, tendrán después una intervención de alguien a quien ya escucharon, que hace parte de este nuevo semillero siempre dispuesto a echarse al fuego cuando, tal vez, los más viejos tienen rutinas más lentas.

Entonces, voy a darle la palabra, sin más tardanza, a la persona que nos aportará su comentario sobre esta obra cuyo nombre ni siquiera desfloro antes de que ella les hable al respecto. Quien quiso darme esta buena sorpresa es la señora Montrelay.

**Michèle Montrelay** - En estas vísperas de vacaciones, acaso no resulte tan frívolo proponer a aquellos de ustedes que aún no lo han hecho, la lectura de la última novela de Marguerite Duras, *El arrebató de Lol V. Stein*<sup>37</sup>. Este libro fue publicado el año pasado y no siempre fue recibido favorablemente por la crítica. Ésta le reprochó una sutileza excesiva, enigmática. Allí se puede encontrar, de hecho, la manera habitual de Marguerite Duras, lentitud del ritmo, ambigüedad de la textura, inteligencia apasionada de las palabras que es también la del corazón.

*El arrebató de Lol V. Stein* va en el mismo sentido de los relatos precedentes de Marguerite Duras, en busca de un momento perdido. Este instante, que se produjo enteramente al azar, fascina al personaje principal del relato (recuerden el guión de *Hiroshima mon amour*), lo fascina porque es ahí donde se inscribe su certeza. Esta certeza es extremadamente notable además en el estilo de Marguerite Duras que tanto irrita, lo cual es bien comprensible, puesto que insiste tanto más cuanto que se escabulle. Al parecer coincide con la memoria, o más bien con lo que Jacques Lacan llama una memoria. Si evoco este último término no es para constatar, pura y simplemente, que constituye el resorte de la novela. Esta afirmación es válida también para las obras de Proust, Butor, Simon y tantos otros. Ello es tanto más cierto cuanto que, en obras de Marguerite Duras en que la memoria no constituye tanto el resorte como el objeto del relato, [el relato] es curiosamente hecho por otro. Quiero decir que aquí aparece, con una nitidez particular, que es en el discurso deseante del otro que vivimos con el sujeto, Lol V. Stein, el suceso que la mantiene prisionera.

Ni qué decir que esa novela es el enésimo relato realizado en tercera persona. Lo que sorprende es que el desacostumbrado relieve, el de la primera persona que relata la tercera, ese relieve es una tercera dimensión donde el sujeto Lol emerge, infinitamente más presente, más perturbador de lo que podría dar cuenta el uso único de la primera persona. Esas dimensiones que Jacques Lacan nos designó este año, a las cuales acabo de aludir, particularmente la que llamó, la semana pasada, la dialéctica de la relación con el Otro en tanto relación de alienación, esas mismas dimensiones estructuran la novela cuyo resumen es hora de que les haga.

Lola Valérie Stein, de 19 años, americana, a punto de casarse, es separada bruscamente, al final de un baile, no de su prometido, Michael Richardson, sino de la pareja que forman su prometido y Anne-Marie Stretter, los cuales acaban de reconocerse, durante el baile, en una pasión tan repentina como definitiva. Yo creo que es así como deben contarse las cosas. Lol, quien vio cómo la pareja empezaba a amarse por el solo (tomaré prestado ese término de Leclair) circuito de la mirada, mira, también ella, y no piensa dejar de mirar. Tenemos que subrayar enseguida la extrañeza de carácter de Lol, indiferente, ausente. He aquí la primera presentación al respecto que nos hace su amiga:

*"En el colegio, dice, y no era la única en pensarlo, a Lol ya le faltaba algo para estar -dice: ahí. Daba la impresión de soportar con un sosegado fastidio a una persona a quien debía parecerse pero de la que se olvidaba a la menor ocasión. Aureola de dulzura, pero también de indiferencia."*<sup>i</sup>

Si Lol V. Stein es también indiferente, es naturalmente porque no hace bien la diferencia entre ella y lo que la rodea. Anne-Marie Stretter, que aparece en cambio perfectamente definida, segura de sí misma, le permite que Lol, me imagino, gracias a ella, haga la diferencia entre una mujer, esa mujer que es Lol V. Stein y el deseo de Michael Richardson. Ese deseo adquiere entonces para Lol un valor significativo insospechado hasta entonces, de suerte que ella ya no ama a su prometido. Lol V. Stein sufre la marca de ese significativo, bajo la forma de un olvido. El olvido de Lol, su negación, constituirán su voluptuosidad al ser por fin la presencia de la pareja y su propia presencia, donde lo presente de la presencia (si puedo invertir de esta manera una fórmula que da Heidegger de la angustia, para ilustrar su opuesto, es decir la satisfacción) donde lo presente de la presencia adquiere un valor absoluto que representa el tiempo muerto del baile, amurallado, está escrito, en su luz nocturna. Pero más allá de lo que se nos dice sobre los múltiples aspectos del baile, lo que retiene a Lol, es su final, más precisamente aún el momento en que acaban de percibir la aurora, mientras que ellos aún no saben. En ese momento, Lol presente, en el enloquecimiento, que algo va a suceder, que va a suceder. Y si retomo los términos que citó recientemente Jacques Lacan es porque me parecen expresar perfectamente, en su ambigüedad, el acontecimiento sentido por Lol de su cuerpo como un desecho, o más bien como el advenimiento de su cuerpo como un desecho, un resto, rechazado, mucho más por la aurora que por la pareja. Retomo ese pasaje con más detalles:

*"Ella sabe, escribe Marguerite Duras, ellos todavía no." Y poco más lejos agrega: "En ese preciso instante algo, pero ¿qué? debió de haberse intentado, pero no se intentó."*<sup>ii</sup>

---

<sup>i</sup> Marguerite Duras, *El arrebato de Lol V. Stein*, Barcelona, Tusquets, 1987, p. 10.

<sup>ii</sup> *Ibidem*, p. 39.

Ahí está cuál fue la tentación de Lol. Valiéndose de un saber cuyo privilegio posee por un breve instante, se siente a punto de hacer uso de él, ante todo para circunscribir, perpetuar esta común fascinación, y entonces sería posible suponer que Lol se descubre un brusco poder de encantamiento. Pero ahí no está lo esencial. Lo que Lol desea, en la posesión de su breve y frágil saber, es decir por qué, realmente, huye la pareja. Y esto es absolutamente imposible. Si esas palabras existieran, para cernir lo que se manifiesta ante ella, lo que se juega de la realidad del sexo, la pareja se quedaría. Lol está segura de eso y nosotros compartimos esa certeza. Allí quedamos totalmente suspendidos por un breve instante. Conservamos su nostalgia.

No puedo leer aquí las dos admirables páginas que nos conducen a este instante. Me contentaré con citar esta frase, con decir esa pesadumbre, ese duelo de Lol:

*"Me gusta creer, como creo, que si Lol es silenciosa en la vida es porque ha creído, durante la brevedad de un relámpago que esa palabra podía existir. [...] Sería una palabra-ausencia, una palabra-agujero, con un agujero clavado en su centro, ese agujero donde se enterrarían todas las demás palabras."*<sup>iii</sup>

Lol se da clara cuenta de que ella no puede articular esa palabra. También Marguerite Duras prosigue de este modo:

*"No se habría podido pronunciarla, pero se habría podido hacerla resonar. Inmensa, sin fin, un gong<sup>iv</sup> vacío, habría retenido a los que querían partir, les habría convencido de lo imposible, les habría hecho sordos a cualquier otro vocablo distinto, de una sola vez los habría nombrado, a ellos, al futuro y al instante."*<sup>v</sup>

¿Quién puede convencer de lo imposible? ¿Quién puede decir la verdad de la realidad, empezando por la de su sexo, preguntaba hace poco tiempo Jacques Lacan, si no es Dios? Pero Dios está ausente. Lol, continúa Marguerite Duras, no es Dios. Ella no es nadie. Producto de la ausencia de una palabra, de la ausencia de Dios, ya no queda más que el cuerpo de Lol, horrible, espantoso de sostener, objeto *a* que en adelante será necesario esforzarse por abolir. ¿Cómo hacerlo? Haciendo de tal manera que el lance de dados que fue el olvido primero de Lol se renueve pero haga, por así decirlo, con una piedra dos lances, el olvido de Lol, por una pareja real, debe coincidir con la abolición de su cuerpo experimentado como objeto *a*. Solamente entonces este suceso será el advenimiento del arrebató de Lol V. Stein, y esto en los dos sentidos del término. ¿De qué manera Lol V. Stein plantea, sobre la realidad de los seres que la rodean, la rejilla de su fantasma, que no es más que la reconstitución a contrapelo del primer azar? Os lo diré dentro de poco.

Ahora haremos algunos comentarios, primero respecto a este objeto *a*, tal como aparece en el curso del relato. El primero es que constituye en Marguerite Duras, así como en Flaubert, Maupassant, también en la nueva novela, esa materia sensible, palpable del relato que sólo se convierte propiamente hablando en acontecimiento por la intervención del deseo del Otro. En *El arrebató de Lol V. Stein* el objeto es el cuerpo, la mirada, pero sobre todo la palabra faltante que, no por faltar existe menos de la más horrible manera, a partir del momento en que su existencia se plantea, se interroga. Esa *palabra-agujero*, ese *agujero de*

---

<sup>iii</sup> *Ibidem*, p. 40.

<sup>iv</sup> La transcripción reza *monde*, mundo.

<sup>v</sup> *Ibidem*.

*carne*, ese *inacabamiento sangrante*, cito, *ese perro muerto en la playa*<sup>vi</sup>, ¿cuántas veces ha llegado ya a resonar en sus oídos? Esa palabra, es Lol, Lola, nombre femenino Oh [*sic*] cuán a menudo con su a minúscula final, y su carácter sexuado. Se adosa de manera tan curiosa con lo poco que queda de Valérie, una V, y la densidad breve del patronímico...

**Jacques Lacan** - Señora Montrelay, ¿tendría usted el valor de echarse al agua? Lo que usted ubicó tan bien en esta obra y en este texto, intente hacerlo llegar, con sus notas por supuesto a manera de apoyo, que no son notas sino un texto, pero sin leer ese texto, porque yo creo sin embargo que, no es que no llegue, sino que llega menos que si usted echa pa'lante. Improvise, cuente la cosa así como usted es capaz enteramente de hacerlo, porque yo creo que es importante...

**Michèle Montrelay** - No preparé una improvisación.

**Jacques Lacan** - No improvise, pero diga lo que tiene para decir. En últimas se trata de algo que podría ser un cuento, y un cuento psicológico, a saber, que uno podría en efecto remontar hasta la infancia de Lol V. Stein. La originalidad de esto se disminuye porque usted conoce el uso americano de dar, en la forma de una inicial... de representar la presencia de un segundo nombre bajo la forma de una inicial. El primer nombre es un nombre abreviado, es Lola. Esta Lol V. Stein -no se trata de ninguna manera de psicología-, quiero decir que se habla de eso, de lo que tal vez ella siempre tuvo de extraña, pero lo importante es lo que le sucede, en un momento dado, algo único, en torno a lo cual ella queda, podría decirse, desde afuera, si hacemos psicología, ella queda enganchada. Ella queda enganchada al hecho de que, una buena tarde, con su novio de entonces, ocurre que una tercera persona, entra una mujer encantadora, el novio la mira, y el asunto está hecho, partirán juntos al final de la velada, y todo sucede en verdad a la vista, no sólo de Lol sino de todos. Todo lo que ocurrirá posteriormente en la vida de Lol V. Stein y en particular lo que se nos cuenta, lo que nos cuenta un narrador que no se conoce. Hay un momento en que, en la mitad del libro, se cubre la distancia y se revela el narrador. Se cubre la distancia, soy yo, es él quien habla, y que junta su propia entrada en la vida de Lol V. Stein, lo que sucederá con ese personaje, cómo es encontrado ese personaje, es algo que manifiesta el estado en que ha quedado Lol V. Stein, respecto a esta escena traumática. Lo que ella es, esencialmente, a partir de ahí, es lo que la señora Montrelay intentará explicarles. Por lo cual lo que pude decir este año sobre el sujeto y sobre sus soportes está ahí verdaderamente ilustrado, ilustrado de una manera que en ningún momento tiene la pretensión estructuralista o analítica, sencillamente las cosas se enuncian con palabras que aclaran mejor. Se deduce que la estructura misma está ahí escrita. Hace poco, la señora Montrelay les leyó un texto donde está esa *palabra-agujero*, por ejemplo. Eso está en el texto. Asimismo hay otra cosa en el texto, que es un texto que parece -sin que Margarita Duras y yo hayamos hecho nada, ni el uno ni el otro, para encontrarnos- son textos congruentes con el tema mismo de lo que les planteé este año.

Retome, como quiera, como pueda. Hable un poco más fuerte, un poco más acompasado, y si puede ¡suelte su texto! Me agradecería mucho. Porque seguramente tiene usted más de una cosa que decir. O si no lea pedazos de Marguerite Duras si es necesario... Es fundamental que eso llegue.

---

<sup>vi</sup> *Ibidem.*

**Michèle Montrelay** - Lo mejor es que yo lea primero lo que tengo aquí y luego ya veremos...

Decía entonces que, este objeto, era una palabra, era *Lol*. Decía también que *Lol* había perdido el *a* de *Lola*, que había perdido su carácter sexuado, lo cual da la impresión de anonimato, pero que en cambio (creo que aún no lo he dicho) se nos llena la boca con *Lol V. Stein*. En fin, en esta secuencia verbal volvemos a hallar, me parece, las características que subrayó Serge Leclair respecto a la fórmula secreta "POOR (d) J'e-LI". Me parece que esas características son las siguientes:

- 1- La brevedad con la que surge la fórmula que refleja bien la aparición de un algo-nada con que nos habíamos encontrado precedentemente.
- 2- El apogeo, figurado bajo una forma invertida, en la V del centro, horqueta, triángulo inacabado.
- 3- La reversión natural en lo que concierne a la palabra *Lol* donde el derecho equivale al revés, pero justamente entonces, ¿se puede hablar de reversión? Es otra cosa.
- 4- El carácter mágico de esta fórmula, por último, mágico por lo menos tal como aparece en la novela, porque representa la palabra clave que *Lol* habría debido decir para encerrar, para siempre, el circuito del sentido.

Esto no son más que suposiciones. Sin embargo, como lo subraya Marguerite Duras, si *Lol*, cuando pronuncia un nombre propio, es incapaz de nombrar (luego podría encontrar la cita) es muy posible que esa palabra presente-ausente, lejos de sostener aquí el orden simbólico, sólo sirva para querer justificar lo inexplicable, es decir, el misterio del nacimiento.

Subrayaremos, en segundo lugar y muy sucintamente, con qué ambigüedad, con qué incoherencia, se manifiesta, en el relato, la feminidad de *Lol*. Es tentador pensar que *Lol*, que no cuenta para nada, olvidada por la pareja, aparentemente no deseada por sus padres, repite incansablemente esta experiencia porque puede permitirle articular, para otros, pero sobre todo para ella, su enigmática feminidad.

Sorprende, en esa novela, la ausencia de coordenadas, la escasez de significantes fálicos. Parece que la sexualidad de *Lol* se sitúa mucho más acá de una estructuración edípica, en esa relación con el vacío que evocó Perrier y uno de sus colaboradores en el volumen VII de *La psychanalyse* 114-115.

Pero antes de terminar esa intervención, tal vez sea necesario que echemos un vistazo a lo que sigue en la novela. Después del baile, después de la crisis, en el tiempo de locura que sigue, *Lol V. Stein* se casa, tiene tres hijos, vive muy conforme a las reglas, en una pequeña ciudad norteamericana. Tras diez años de matrimonio vuelve a su ciudad natal y, en el transcurso de las tardes en que incansablemente pasea su cuerpo como se pasearía a un hijo, se encuentra con una pareja, la de su amiga de antaño con un hombre en quien ella se fija y al que decide amar de la más extraña manera. En efecto, este hombre deberá olvidarla tan frecuentemente, tan absolutamente como sea posible con una mujer que será y habrá de ser considerada por él como el colmo de la feminidad. Que esta mujer haya asistido al baile que también es su baile, el baile de ella, es por supuesto una condición esencial para el encanto de la cosa.

Este inmenso fantasma, concebido por *Lol V. Stein*, por razones que ahora pueden ubicarse fácilmente, intenta descifrarlo poco a poco el amante de Tatiana:

*"Deseo -declara- como un sediento beber la leche brumosa e insípida de la palabra que surge de Lol V. Stein, formar parte de su mentira. Que me arrastre, [...] que me triture con el resto, seré servil, que la esperanza de ser servil signifique ser triturado con el resto."*<sup>vii</sup>

Esto es lo que acepta hacer el narrador, Jacques Hold, encontrarse con Tatiana en un hotel cerca de la ciudad, mientras que Lol V. Stein, recostada en un campo de centeno, mira, mira. ¿Mira qué? Ante todo a los amantes, que pasan a veces cerca de la ventana, luego, naturalmente, nada más, en la ventana, el olvido de Lol V. Stein que Jacques Hold se empeña por sacar adelante para la mayor satisfacción del trío. ¿Qué designio secreto se apoderó de Marguerite Duras, que la llevó a forjar una historia tan pavorosa, tan loca, tan lógica de ilogismo en sus mínimos detalles?

Aquí es donde tenemos que hacer una tercera serie de comentarios respecto al empleo de personas en el relato, particularmente la desacostumbrada e insólita amplitud, que se le ha dado a la primera persona, a Jacques Hold. Resulta de ello ante todo, primer comentario, en la medida en que nuestro único saber se instaura en un deseo, deseo atrapado en las redes de un fantasma, que ese saber nunca es fijo, siempre relativo, posibilidad, historia entre otras. Así se presentan también, creo, algunas obras musicales contemporáneas, las de un Stockhausen por ejemplo.

Segundo comentario. El deseo del Otro condiciona el espacio de la novela, en otras palabras, su estructura, espacio abierto a todos los vientos donde el deseo del uno, digamos el exterior, puede recortar en todo punto el del Otro, supuestamente interior. ¿Cómo el deseo del uno puede suturarse en el deseo del Otro? Es en función del objeto *a*, pero más adelante encontraremos esto.

Tercer comentario. Habría sido absolutamente imposible dar cuenta del sujeto Lol, hacerlo emerger con su cualidad de ser, de verdad a veces hasta quitar el aliento, en otras palabras, habría sido imposible captar a Lol en el punto cero de su deseo si no fuera en el discurso del deseo del Otro.

Cuarto comentario. Ese sujeto lo aprehendemos mucho más acá del *cogito*. Nada de él es jamás formulado bajo la forma del uno de lo único. Esto es lo que dice al respecto su amante:

*"Fue mi primer descubrimiento respecto a ella: no saber nada de Lol era ya conocerla. Se podía, pensé, saber aún menos, cada vez menos, de Lol V. Stein."*<sup>viii</sup>

Dicho sea de paso, esta definición del amor no es tan mala, en mi opinión. Pero lo que aquí nos interesa es que ese sujeto, brumoso, insípido, que no tiene idea, que no tiene idea alguna, es el único sujeto de la novela que piensa, maniobra su mundo, acosando, manipulando a la pareja de amantes, más adelante diré hasta en qué lugares.

Porque el sujeto ha de tomarse en una perpetua partición entre el deseo del Otro y el objeto *a*. Aquí está de nuevo este objeto, más presente que nunca en la segunda parte de la novela. Esos ojos fijos, bien abiertos, que devoran, absorben, deciden sobre todo, esa mirada inmensa, perdida en el erizamiento de las espigas de un campo de centeno, es este objeto *a*

---

<sup>vii</sup> *Ibidem*, p. 87.

<sup>viii</sup> *Ibidem*, p. 65.

que fascina a Jacques Hold, que lo arrastra al fantasma, a su fantasma, o al fantasma de la novela. Cito textualmente lo que Lacan nos dijo, creo yo, la semana pasada:

*"Es en la medida en que soy objeto a que mi deseo es el deseo del Otro."*

Así pues, en este relato, la tercera persona es de hecho la primera. La primera ha de tomarse como la tercera. Juego de sintaxis, de deseo, que figuraban ciertas novelas del siglo 18, me refiero particularmente a los *Égarements du coeur et de l'esprit* de Crébillon hijo: "por un tiempo, la marquesa fue despedidada, que salió a las cinco". La nueva novela, que ha de ubicarse desde Flaubert, dispone, entre quien habla y la exuberancia del estilo, la proliferación del objeto, un intervalo, una falta, una pausa, un silencio, que es el sujeto. No nos engañemos, Marguerite Duras, que sabe hacer escuchar el silencio, habla también en tercera persona.

**Jacques Lacan** - Es un texto muy importante y muy interesante el que acaban de escuchar. Intentaremos que puedan compartirlo. ¿Hay aquí... yo sé que entre mis allegados ya ahí, hay un buen número de personas que no han dejado pasar este texto de Marguerite Duras. Si pudieran opinar, en este caso, sobre lo que acabamos de escuchar, me sentiría satisfecho. ¿Hay alguien que tenga algo que decir al respecto?... Para darles el tono de la novela, voy a leerles, yo, un pedacito de capítulo central que escogí. Pienso que estará suficientemente ilustrado, si es que la voz de la persona que hablaba aquí les llegó, suficientemente ilustrado con la trama, con la trama de la novela, como para que ese capítulo adquiriera su valor.

La muchacha, la muchacha en cuestión se casó bastante rápido con un muchacho de tipo altruista que, en cierta forma, la puso bajo su protección a manera de desecho. Al cabo de diez años, este desecho sobrevive suficientemente bien y, habiendo regresado a su lugar de origen, a esa ciudad natal que se llama S. Tahla, de la cual habría podido precaverse por los peligros que representaba para ella, particularmente en lo que respecta a lo que se llama los recuerdos que hay que evitarle a la gente que atraviesa por un duelo, revive en esta ciudad. Y es ahí donde, errando un día, se encontrará con alguien que ya una vez se había anunciado en el horizonte de su visión, no puede decirse en un encuentro, entró en el campo de su ventana. Es el narrador. Al mismo tiempo es la entidad, el amante tipo, pero es también alguien que ella sigue, que está ahí, quien tomará el lugar de ese hueco, de esa hiancia, en torno a la cual, en últimas, se organiza todo su ser de sujeto. Y, siguiéndolo, habiéndoselo encontrado en la calle, ella espera lo que él espera, es decir, a la mujer con la cual ella presiente, ella presume, que él tiene una cita.

*"Ella llegó, en efecto, se apeó de un autobús atestado de gente que regresaba a su casa al atardecer. Desde que se dirige hacia él, con ese contoneo circular, muy lento, muy dulce, que mientras dura su marcha la hace objeto de un halago acariciado, secreto e interminable, de ella misma a sí misma, tan pronto ve la masa oscura de esta melena vaporosa y seca bajo la que el rostro, muy pequeño y triangular, blanco, aparece invadido por los ojos inmensos, muy claros, de una gravedad desolada por el remordimiento inefable de ser la portadora de ese cuerpo adúltero, Lol se confiesa haber reconocido a Tatiana Karl."*

Es decir, la mujer que fue testigo de la escena inicial.

*"Sólo entonces, piensa, después de flotar aquí y allá, lejos, el nombre está ahí: Tatiana Karl. Iba vestida discretamente, con un traje sastre negro. Pero el pelo lo*

*llevaba muy arreglado, sujeto por una flor gris, realzado por peinetas de oro; había puesto todo su cuidado en fijar el frágil peinado, un largo y espeso mechón negro que, al pasar junto al rostro, acentuaba la mirada clara, la hacía más inmensa, aún más afligida, y lo que sólo hubiera debido ser rozado por la mirada, que no podía dejarse al viento, sin que se destruyera, hubiera debido -Lol lo adivinaba- aprisionarse en un velo oscuro, para que llegado el momento oportuno fuera el único que malograra y destruyera la admirable sencillez, un solo gesto y entonces quedaría bañada en la caída de su cabellera, de la que Lol se acuerda de repente y vuelve a verla luminosamente yuxtapuesta a ésta."*

Entonces ella los ve reunirse:

*"Caminaban a un paso uno del otro. Apenas hablaban. Creo ver lo que Lol V. Stein debió de ver: entre ellos hay una armonía sorprendente que no procede de un conocimiento mutuo sino, precisamente al contrario, es un desprecio. Ambos tienen la misma expresión de consternación silenciosa, de miedo, de profunda indiferencia. Al acercarse, van más deprisa. Lol V. Stein acecha, los incuba, fabrica a esos amantes. Su aspecto no la engaña. No se aman. ¿Qué tiene que decir al respecto? Otros lo dirían, al menos. Ella, en cambio, no habla. Les unen otros lazos que no son los del sentimiento, ni los de la felicidad, se trata de otra cosa que no prodiga mi pena ni gloria. No son felices ni infelices. Su unión está hecha de insensibilidad, de un modo generalizado y que aprehenden momentáneamente, cualquier preferencia está proscrita. Están juntos, dos trenes que se cruzan muy de cerca, el paisaje carnal y vegetal es parecido a su alrededor, lo ven, no están solos. Se puede pactar con ellos. Por caminos contrarios han llegado al mismo resultado que Lol V. Stein, ellos a fuerza de hacer, de decir, de probar, de equivocarse, de irse y de volver, de mentir, de perder, de ganar, de avanzar, de volver otra vez, y Lol a fuerza de nada."*

Ahí es donde ella lo sigue hasta ese lugar que es el hotel, el hotel en la ciudad, donde todo el mundo se siente seguro para poner a cubierto sus amores clandestinos.

*"Lola reconoce ese hotel por haber estado en él con Michael Richardson durante su juventud. Sin duda, ha llegado a veces hasta ahí durante sus paseos. Ahí fue donde Michael Richardson le hizo un juramento de amor. El recuerdo de la tarde invernal también ha sido sepultado en la ignorancia, en la lenta, cotidiana glaciación de S. Tahla bajo sus pasos."*

Entonces es ella, es ella la que, de ahí, ha partido hacia la famosa escena del casino que le arranca lo que le queda luego, para su vida entera, ese hueco. Ese hueco en lugar del cual ya no hay más que un cerco de mentir. Es ahí donde ella llega.

*"La veo llegar muy deprisa, alcanza el campo de centeno, se deja deslizar, se encuentra sentada, se extiende. Ante ella, esa ventana iluminada. Pero Lol se halla lejos de su luz.*

*No tiene idea de lo que hace. Sigo creyendo que es la primera vez, que está ahí sin tener idea de estar ahí, que si se lo preguntaron diría que descansa. Del cansancio de haber llegado hasta ahí. Del que seguirá. De tener que volver. Viviente, muriente, respira profundamente, esta noche el aire es meloso, de una agotadora suavidad. No se pregunta de dónde le llega la maravillosa debilidad que la ha acostado en ese*

*campo. La deja actuar, llenarla hasta la sofocación, mecerle rudamente, despiadadamente hasta el sueño de Lol V. Stein.*

*El centeno ruge bajo sus riñones. Tierno centeno de principios de verano. Con la mirada clavada en la ventana iluminada, una mujer escucha el vacío -alimentarse, devorar ese espectáculo inexistente, invisible, la luz de una habitación donde otros están.*

*De lejos, con dedos de hada, el recuerdo de una cierta memoria pasa. Roza a Lol poco después de haberse tendido en el campo, le muestra a esta hora tardía de la tarde, en el campo de centeno, a esta mujer que contempla una pequeña ventana rectangular, un reducido escenario, delimitado como una piedra, en el que todavía no ha aparecido nadie. Y quizá Lol tenga miedo, pero poco, de la eventualidad de una separación aún mayor con los otros. Sin embargo, sabe que algunos lucharían -ella, todavía ayer-, que volverían corriendo a casa en cuanto un resto de razón les indujera a sorprenderse en ese campo. Pero es el último miedo que Lol ha aprendido, el que otros tendrían en su lugar, esta noche. Lo aprisionarían en su seno, con coraje. Pero ella, al contrario, lo ama, lo amansa, lo acaricia entre sus manos, sobre el centeno.*

*Al otro lado del hotel, el horizonte ha perdido sus colores. Anochece.*

*La sombra del hombre pasa por el rectángulo de luz. Una primera vez, después una segunda, en sentido contrario."*

Y es ahí cuando ella sigue, bajo la forma de ese teatro de sombras todo el tejemaneje de los amantes. El final, su regreso a su casa:

*"Su marido está en la calle, espera, alarmado.*

*Mintió y la creyeron. [...] el amor que Lola había experimentado por Michael Richardson era, para su marido, la más segura garantía de la fidelidad de su mujer. No podía encontrar por segunda vez un hombre hecho a la medida del de T. Beach, o bien era necesario que lo inventara, pero ella no inventaba nada, creía su marido."*

Ven ustedes que las dimensiones y el registro en torno al cual interpreta nuestra Marguerite Duras no dejan de tener cierto humor lateral.

En lo que concierne a lo que, aquí, se demuestra y es mostrable, es precisamente en la medida en que este ser, Lol V. Stein, en torno al cual pueden recordarse muchos de los temas de este año, incluyendo, como se lo hizo hace poco, la función y el uso del nombre propio que está articulado en varios tiempos y en varios puntos especiales de ese libro, con, aparentemente, Dios mío, una pertinencia que en últimas podría ser objeto de interrogante si no supiéramos, gracias a nuestro trabajo de este año, la profunda coherencia de esta función del nombre propio con todo lo que concierne a ese sitio, a ese sitio central del sujeto en tanto representado aquí de la manera más articulada por la palabra agujero, por la palabra faltante - la palabra *agujero* o la *palabra-agujero-*, y que es en la medida en que este ser, este ser designado por ese nombre propio que es el título de la novela de Marguerite Duras, este ser sólo se especifica verdaderamente, sólo se encarna, sólo se hace presente en su novela en la medida en que [ella] existe bajo la forma de ese objeto núcleo, ese objeto *a* de ese algo que existe como una mirada, pero que es una mirada, una mirada desviada, una mirada-objeto, una mirada que vemos en varias ocasiones.

Por supuesto, esta escena se renueva, es acompañada, repetida en varias ocasiones, hasta el final de la novela. Aún después de haber conocido a este hombre, después de que se le haya acercado, después de que se le haya literalmente colgado como si ella alcanzara allí a ese sujeto dividido de sí misma, aquel que sólo ella puede soportar, que es también, en la novela, aquel que la soporta, será gracias al relato de él que ella estará presente. El único sujeto aquí es este objeto, este objeto aislado, este objeto por sí mismo, en cierta forma, exilado, proscrito, caído en el horizonte de la escena fundamental, que es esa pura mirada que es Lola Valérie Stein. Y sin embargo, en la novela, es el único sujeto, aquel en torno al cual se sostienen y seguirán y existen todos los demás.

Y por eso el comentario que les hicieron hace poco sobre esta especie de viraje de la novela, de la novela antigua y tradicional, aquel que les ilustró tan bonitamente con el tema extraído de Crébillon hijo, así como con la novela para el conserje, "la marquesa salió a las cinco", con lo cual una cierta novela, por un momento, creyó deber excluir la regla y el modo mostrándonos que las cosas jamás debían introducirse, vivificarse más que a manera de cierto monólogo en que la sortija pasaba del uno al otro de los protagonistas de la novela, aquí es donde volvemos encontrar, sin duda bajo la forma de un personaje que habla en tercera persona pero que es el personaje omnipresente, el que desliza, el que pasa, el que ve las cosas en cierta forma desde afuera, contrariamente al principio de Politzer, habla, y bueno, y cuenta el relato en tercera persona... es justamente en la medida en que se hace esto, que eso permite hacer presente en alguna parte el objeto a la manera de un objeto, de un objeto caído, de un objeto desprendido, de un desecho de ser, que es el ser esencial que vemos, que vemos encarnarse, con un grado de presencia -en una novela que en mi opinión, en opinión, creo, de quienes ya la leyeron y en opinión de quienes, aquí, la leerán también -de la forma más intensa, merece ser llamada una subjetividad.

Esto es lo que, en resumen, les introdujo... que tuvo a bien preparar para ustedes la señora Montrelay.

Si alguien tiene algo que decir al respecto, que lo diga enseguida.

**Dr. Green** - ¿Puede usted recordarme el nombre de Jacques Hold, cómo se escribe?

**Jacques Lacan** - H, O, L, D.

**Dr. Green** - Bueno, entonces, tenemos Lol V(alérie) Stein, y luego tenemos Michael Richardson, y además tenemos Tatiana Karl, Jacques Hold.

Se trata sencillamente de algunos comentarios que se me ocurrieron justamente respecto a la función del nombre propio y a la incidencia aquí, justamente, de ciertos significantes que se repiten. Con todo, la A que aquí falta no puede escaparse; el redoblamiento excepcional de esta A tres veces en el nombre TAtiAnA, y precisamente también en su apellido, hacen de ésta la vocal central de ese nombre. Entonces ese es ya un primer elemento enteramente digno de ser señalado.

Por otra parte, entre RichARdson y el KARL, tenemos también algo que hace corresponder esos dos fragmentos de dos fonemas en los lazos que unen a esos dos protagonistas. Lo que aquí falta se puede ubicar al nivel del nombre propio, al nivel de la A que es justamente la sílaba amputada del nombre de Lola. El AR se vuelve a hallar aquí, por una parte al nivel de esa A, el cual vemos corresponder en Karl con el nombre de Richardson, y evidentemente uno podría preguntarse en qué medida esta terminación en *son*, que evidentemente implica

el nacimiento de un lazo filial. Por último, evidentemente, esta vocal central del apellido Hold, en la medida en que precisamente es lo que se conserva de lo que es amputado al nivel de Lola, debe también llamar nuestra atención.

Son esos comentarios que, tal vez, me parece que pueden ser objeto de investigación en lo que se nos presentó justamente en el curso de la subjetividad, en el curso.

**Michèle Montrelay** - Hay algo que tampoco dije sobre Lol: que, escrito en minúsculas, da 1, 0, 1.

**Jacques Lacan** - Bueno, entonces, Jacques-Alain, ¡le toca, viejo! Está entrando un poco tarde en la carrera, ¡así que acelere! Bueno, imagino que todos ustedes leerán durante las vacaciones esa novelita. Se lee en dos horas y media, pero se relee 20 veces. Anuncie su tema porque yo no lo anuncié antes.

**Jacques-Alain Miller** – Mi única tarea consiste en presentarles un texto publicado en *Diogène* bajo el título “El psicoanálisis en América”<sup>160</sup>, por Norman Zinberg, texto que Lacan quiso que les fuera dado a conocer. A mí me lo presentaron sólo hace pocos días. Al parecer, ninguno de aquellos a quienes se dirigió quiso hacer ese trabajo, como se dice, un tanto ingrato.

Entonces lo que les voy a resumir es un texto dejado por cuenta, simplemente. Pero que no se crea que con esa palabra señalo mi falta de interés en lo que les voy a hacer escuchar. De informarles sobre el estado del psicoanálisis en América según el señor Norman Zinberg, me parece importante, por lo menos, dar la oportunidad, a mí que hablo y también a algunos de ustedes que me escuchan, de recordar que, en todos los frentes, hay combates que dar, combates tanto políticos como teóricos. Ante todo es en Estados Unidos de América donde estamos enfrentados. Al denunciar la peste que los estados Unidos de América le trajeron al psicoanálisis, no hago más que seguir la vigilancia cuyo imperativo Lacan no ha cesado de afirmar, respecto a lo que se elaboró a partir de Freud en los Estados Unidos, imperialismo ideológico ante el cual la universidad, también en ese país, agacha la cabeza muy a menudo.

El texto de Norman Zinberg toma su valor en el hecho de que su autor participa notoriamente en lo que denuncia sobre el psicoanálisis en América. No se trata de un lacaniano excitado por las palabras del amo que llegaría a sostener sus pretensiones con una descripción atenta a sus fines. El texto en cuestión da fe, por dos caminos, del estado del psicoanálisis en América:

1. En lo que enuncia sin ambages sobre la peste que allí reina.
2. En que muestra que él mismo, el autor, sabiendo que la peste reina, no por ello está menos afectado por esta. La única prueba que me basta es esta definición que da de la disciplina freudiana como la teoría psicológica general más comprensiva, por cuanto consideraría las relaciones del individuo consigo mismo y con su medio en términos de adaptación.

Que además el señor Zinberg no brille por una inteligencia particular, que en últimas sea un tanto insuficiente en el plano intelectual, no lo dudará ninguno de ustedes cuando les haya leído esta epistemología bufona del psicoanálisis:

*“Los dos sistemas de pensamiento más importantes del siglo XX fueron el darwinismo social de Herbert Spencer y el determinismo económico de Karl Marx.*

*En grandes líneas y simplificando en extremo, la filosofía de Spencer ve la existencia humana en términos de lucha y de competencia, cada cual por sí, en la medida en que la selección natural excluye la mutualidad. La perspectiva marxista de la sociedad, en la que cada cual debe ayudar a los demás y renunciar a sus aspiraciones individuales en beneficio de las metas más importantes de la sociedad, queda incorporada en al idea de que la identidad de cada cual se difumina en el Estado o, también, en la fábrica. El psicoanálisis, en tanto filosofía, se encuentra ubicada a medio camino entre estas dos conceptualizaciones. La primera de esas dos teorías sociales parece estar demasiado cerca de la agresividad desenfrenada de la humanidad primitiva, mientras la segunda, la marxista, aun cuando brillante de optimismo frente al hombre, parece restringir tal vez demasiado las aspiraciones personales. El psicoanálisis, que tiene en cuenta el conflicto entre la naturaleza fundamental del hombre y su medio, pero que, a pesar de su pesimismo sobre el fondo de la naturaleza, no abandona la esperanza en una solución, ofrece un compromiso entre ambas”.*

Esto es lo que pinta, lo que basta para pintar al señor Zinberg. Pero eso es lo que le da más valor a lo que él mismo pinta del psicoanálisis en América. Para decirlo en pocas palabras, es una catástrofe. El psicoanálisis va a morir, el psicoanálisis está muerto, casi, los analistas también.

¿Cómo curar? Hay pocas, muy pocas posibilidades de una segunda oportunidad. Es lo que el mismo señor Zinberg dice, cuando termina su artículo en el enunciado de un tratamiento que todo lo que lo precede demuestra que no podría tener éxito, salvo por supuesto por medio de una subversión radical de la sociedad americana. La frase del señor Zinberg es:

*“Debemos resistirnos a la “promoción” [...] de nuestra disciplina. Sólo entonces, tal vez, tendremos una segunda oportunidad.”*

¿De qué muere el psicoanálisis en América? ¿Por qué se perdió la primera oportunidad del psicoanálisis en América? El señor Zinberg responde, tomando de Erik Erikson una de sus expresiones: “Muere de una enfermedad ética”. ¿Qué es una enfermedad ética? ¿Qué es esta enfermedad ética de la que muere el psicoanálisis en América? Podría decirse sencillamente que muere por su éxito, pero eso... Todos sabemos que no hay sector de la vida americana... que no hay sector de la vida americana que no sea afectado por el psicoanálisis. Pero simplemente retomaré un pasaje de este artículo que da cuenta de esto:

*“Los diarios dan prueba de la manera como los medios de información de amplio espectro han absorbido y expandido las ideas psicoanalíticas. Las grandes agencias de información llegan hasta a dar en las noticias los simples lapsus de lenguaje, dando a entender que quien habló reveló de esta manera un sentir diferente al que quería expresar, y por lo general opuesto a este. Los mejores ejemplos provienen de la campaña política de 1960, del hecho de que el señor Nixon haya sido presa de los lapsus linguæ. Al referirse a su colega de candidatura, Henry Cabot Lodge, lo llamó “mi distinguido adversario”. [...] Los analistas de noticias serían sin duda incapaces de hablar del mundo si no contasen con frases como “clima emotivo”, intenciones agresivas”, ambición personal” y muchas otras. Lo extraordinario en el uso constante que hacen los diarios de ideas que llegaban primero desde el*

*psicoanálisis es que ya no se necesita señalar que sean propiamente psicoanalíticas o freudianas. Fueron aceptadas por completo y hacen parte de la lengua.”*

**Jacques Lacan** - Quisiera puntuar desde ya, ahora que acaba de hablar al respecto, lo siguiente: que Erik Erikson, en *Young man Luther*, no habló de la enfermedad ética que afecta al psicoanálisis, sino que dijo esto:

*“Al tiempo que intentábamos –es un imperfecto- inventar, con un determinismo científico, una terapéutica para un número reducido, nos vimos arrastrados a propagar una enfermedad ética entre la masa.”*

Es decir que Erik Erikson –dejemos a un lado en dónde hay que situar a Erik Erikson- está sin embargo mucho más cerca al medio freudiano esencial que un Sullivan por ejemplo, que más bien es culturalista ¿no es cierto? Erik Erikson escribe entonces que él considera que la conclusión de un análisis, en la sociedad americana, representa una enfermedad ética, sobre el cuerpo social, por supuesto.

**Jacques-Alain Miller** – resulta entonces que usted retoma en un punto muy preciso que es esta cita, simplemente desfasada dando a entender que no era el psicoanálisis mismo una enfermedad ética. Pero me parece –justamente fue de eso que hablé: no puede decirse que esta enfermedad ética afecte el cuerpo social. Si afecta el cuerpo social, el psicoanalista hace parte de él y se ve afectado por esta enfermedad ética. Efectivamente entonces, lo que dice Erikson en esta cita es que el psicoanálisis diseminó una enfermedad ética. Ahora encuentra que, al diseminarla, sólo puede hacerlo en la medida en que el psicoanálisis mismo se vea afectado por esta, y que, a su vez, esta extensión de la peste lo afecte.

El psicoanálisis no sirve únicamente en el lenguaje cotidiano; ha servido de lenguaje unitario para prácticas que seguían siendo en cierta forma fragmentarias. Por ejemplo, para las ciencias sociales:

*“Con la publicación del libro de Lasswell por los 30, los sociólogos, así como los psicólogos, psicosociólogos y antropólogos comenzaron a interesarse en el individuo y en su personalidad, en sus relaciones con el medio; utilizaron entonces más a menudo el psicoanálisis. Cuando los antropólogos sociales se sumaron a los anteriores, comenzó el traslape de las funciones y de los intereses a gran escala. Se buscaba cada vez más distanciarse de las polaridades del pensamiento, de una dicotomía entre teoría y empirismo, para dirigirse hacia lo que Merton llamó “teorías del justo medio”.”*

Dicho de otra manera, ahí el psicoanálisis sirvió, para las ciencias sociales, de agente de nexos necesarios. Es lo que dice Zinberg.

Y ahora, para un campo muy diferente, para el cine por ejemplo, el señor Zinberg le reconoce la misma función:

*“Los escritores y los guionistas hallaron en un psicoanálisis simplificado, esterilizado, los grandes temas humanos que buscaban.”*

Entonces, tanto para las ciencias sociales como para el cine, se ve al psicoanálisis, así deformado, servir de lenguaje unitario para reunir prácticas fragmentarias. Pero el éxito, la difusión del psicoanálisis, no es aún la enfermedad ética. ¿Qué enfermedad ética diseminó el psicoanálisis? ¿En qué enfermedad se convirtió? El psicoanálisis –aunque esto también

lo sabíamos- vino a sostener la función de desconocimiento de la lucha de clases en América. Este desconocimiento de la lucha de clases implicada hoy por la sociedad capitalista americana, lo sabemos, hemos leído artículos en *Les Temps modernes*, muchos, que lo denuncian. Aquí, les citaré sencillamente ese pasaje porque su valor está en que pertenece también al señor Norman Zinberg quien parece, quien está infestado por esta peste:

*“Se acude al psicoanalista –y al psiquiatra psicoanalítico- en todo esfuerzo organizado por dar solución a lo que el señor Zinberg llama insuficiencias sociales. Se le pide que trabaje colaborando en los tribunales de menores, en las cortes criminales, en las prisiones, en las casas de corrección, y lo consultan las agencias sociales, las iglesias y las instituciones educativas, desde el jardín infantil hasta la universidad. Su ayuda es cada vez más solicitada en la industria, para resolver asuntos de personal, para orientar a los trabajadores según sus fuerzas y sus capacidades. A veces se investiga su competencia respecto a problemas más vastos, de importancia nacional o internacional, y hace parte, hoy en día, de numerosos organismos federales.”*

Pero esa no es aún la enfermedad ética del psicoanálisis. Tal vez para saber cuál es, hay que saber puntuar esta frase:

*“Una vez que se admite que era conveniente hacerse analizar, el hecho de poder ofrecerse tal tratamiento era en sí mismo un triunfo.”*

¿Qué es eso sino lo que el señor Zinberg mismo llama ostentación que regula las relaciones de dinero en los Estados Unidos?

*“El apego al dinero y a los bienes materiales, el deseo de esparcirlos y de utilizarlos con ostentación, fueron señalados por todos los observadores oriundos y extranjeros desde Tocqueville.”*

Salvo que, si el analizado, al irse a psicoanalizar, desea mostrar ostentatoriamente que tiene los medios para hacerlo, lo que busca el analista mismo, nos dice el señor Zinberg, es sostener su “*standing científico*”. En otras palabras, en esa relación, en esta relación analítica ¿no hay que señalar que lo que tiene estatuto de objeto *a* es el psicoanálisis mismo? Lo cual podría tal vez reunirse en esta frase: “El análisis en los estados Unidos es el análisis para mostrar”. Se comprendería entonces que el mal del psicoanálisis sea en efecto la promoción, como lo dice el señor Zinberg al final de su artículo, cesar la “promoción” del psicoanálisis, abandonar la ostentación, abandonar el *standing*.

¿Y cuál es, para la sociedad americana en su conjunto, la función de este objeto *a* en que se ha convertido el psicoanálisis? También ahí hay que ir a buscar una frase que dice el señor Zinberg, aparentemente fútil, o fútil para él:

*“Para el materialismo dinámico nuevo rico de los Estados Unidos, todo se puede reparar.”*

En efecto, desconocer la lucha de clases no es sino la especificación, de hecho, de esta sutura general de la que la sociedad americana... que la sociedad americana ha determinado como objetivo realizar y que lleva su nombre, inscrito en su constitución: la búsqueda del bienestar. Buscar el bienestar, buscar la adecuación del hombre a su medio, buscar la adaptación, tal vez sea esa la utopía. En todo caso eso es lo que pide la carnada, esa carnada

que es la función del objeto *a*. Parece que el psicoanálisis ha venido a soportar esa carnada que permite lo localizable, que permite la compleción, en América, y esto es lo que se confiesa en este artículo.

Entonces, comprenden ustedes la muerte del psicoanálisis que sólo resulta de su inversión. Hay, en América, una inversión del psicoanálisis. Si es cierto que el psicoanálisis sólo es posible sometido a lo irreparable; si el psicoanálisis sólo es posible si su término –si acaso esa palabra tiene un sentido- si su término es la asunción de lo irreparable que lleva el nombre, en el álgebra lacaniana, de la falta en ser ¿cómo sorprenderse entonces de la desesperanza del psicoanalista respecto a qué? respecto a su deseo. Es entonces que puede leerse en el señor Norman Zinberg:

*“Los psicoanalistas tiene una especie de problema de identidad respecto a su trabajo. ¿Su objetivo principal es intentar mejorar el estado de salud de la humanidad (independientemente de su significación conceptual)? ¿Hacen uso, por lo contrario, de una técnica, de una herramienta de investigación, que permita estudiar el mecanismo de la mente? ¿O bien construyen, por medio de sus experiencias cotidianas, una gran teoría psicológica destinada a explicar tanto la salud como la enfermedad?”*

El asunto es ¿qué quiere el psicoanalista, de ese querer singular que es el del deseo? ¿Cuál es el deseo del analista? Y desde hace mucho sabemos que junto con esta, constituyen una sola y misma pregunta: ¿qué ciencia es el psicoanálisis?

Tras una descripción del psicoanálisis en América, faltaría otra, aunque no tendría muchos elementos: el del psicoanálisis en el campo socialista. No les haré entonces esta descripción porque lo desconozco todo. Me limitaré a citar una frase de Jacques Lacan, extraída de un seminario de 1955-1956 –no tengo referencia más precisa- donde Jacques Lacan decía:

*“Encontramos justificada la prevención con que el psicoanálisis tropieza en el Este”<sup>ix</sup>.*

Sin duda, sí, Jacques Lacan tenía razón, mejor que no haya psicoanálisis a que haya este psicoanálisis, este psicoanálisis apestado. Pero ustedes, los lacanianos, los analistas lacanianos, deben saber, y sin duda saben, que son los guardianes de la verdad restituida de Freud, guardianes tanto máspreciados cuanto que son pocos.

El señor Norman Zinberg les promete a todos ustedes que aún están por llegar los más bellos años del psicoanálisis. Les dice al comienzo de su artículo:

*“Ciertos signos indican que la influencia del psicoanálisis en América ha alcanzado su apogeo y tal vez hasta ha comenzado a declinar, mientras que sin duda en Europa y en Japón su moda apenas comienza.”*

Lo explicita diciendo:

*“Una clase media y próspera en Europa occidental y en Japón, una clase media próspera e inevitablemente materialista, que rompe con la sociedad tradicional, comienza a interesarse en el psicoanálisis.”*

Él mismo, al final de su artículo, los pone en guardia:

---

<sup>ix</sup> Cf. “Posición del inconsciente”, en Escritos 2, Siglo XXI, México, 1976, p. 369.

*“Es difícil ser paciente –le habla a los americanos- pero, tal vez, con nuestro ejemplo, podremos tal vez ayudar a los institutos psicoanalíticos que están brotando en Europa y en Japón a evitar nuestros errores y a ahorrarle a sus países tantas malas pasadas.”*

Ustedes saben que esta tarea es la suya y que Jacques Lacan los destina a esta tarea. Ven, anunciado para ustedes por Norman Zinberg, que lo que podría llamarse una civilización de ejecutivos se prepara en los países imperialistas. En otras palabras, deben permanecer conscientes de que ustedes son un bastión, es decir, que están asediados. Pero si esto puede tranquilizarlos ¿no sabemos todos que las teorías de los americanos, así como sus bombas, no son en últimas más que tigres de papel?

**Jacques Lacan** - ¡Las cosas que hay que oír! Bueno, está bien. Por supuesto que yo no puedo matricularme ni por un instante, para temperar esos llamados, dios mío, de quienes justamente... de quienes no puedo prever lo que harán con lo que les aporté durante los años que ya son bastantes, y que comienzan seriamente a escalonarse en el pasado.

Quisiera que conocieran este artículo publicado en *Diogène*, así como la novelita de la que les hablaron hace poco. Tiene en verdad una gran importancia documental sencillamente por la gran cantidad de información, independientemente de los límites que en efecto puedan discernirse en algunos de los comentarios de su autor. Es, manifiestamente, alguien que se halla muy, muy cerca del medio analítico más consistente y particularmente por ejemplo, bastante cerca del ejecutivo, cuyo último representante, el señor Maxwell Gitelson ya difunto, es citado en este artículo, justamente por la manera como llevaba el timón de esta barca singularmente adentrada en una cierta aventura.

Creo que lo importante para ustedes que, desde tiempos diferentes, más o menos largos, aceptan seguir mi enseñanza y dar fe a mi palabra, lo importante es, en un informe que es en verdad muy objetivo, darse cuenta cómo se plantea, para alguien que intente sinceramente situarla, hacer su balance, cómo se plantea el asunto de lo que es realmente el análisis. Y pienso que eso tiene su importancia, incluso independientemente de tales o cuales excesos que se denuncian, y que siempre resultan mucho más notables cuando se está en esos lugares ¿no es cierto? Un cierto estilo... Recuerdo cómo regresaban, más o menos horripilados en verdad, no horrorizados, personas que, en su primera visita por allá, sólo contaban con la información que yo les había dado sobre lo que hacían con eso, por supuesto de manera corriente, de manera promedio, ambiente, como se dice, al ver eso sin embargo. Pienso que, del promedio de mis oyentes, me limitaré a esperar de la lectura de este artículo, no que me den puntos, no que me rindan homenaje, sino saber que cierta manera de plantear los problemas debe, para todos, o particular y especialmente para quienes aquí son analistas, hacer la maniobra de su función, o la manera como la piensan, literalmente, más respirable.

Así no hubiera yo tenido más función y rol que ese, pienso que no serían desdeñables y que el hecho de hacer posible una cierta vida mental, que no se adentre en cierto número de sin salidas o de falsas antinomias...por ejemplo ese biologicismo opuesto a un supuesto culturalismo, del cual se sabe que es precisamente lo más cuestionable de los desarrollos (me refiero al culturalismo), de los desarrollos del psicoanálisis en los Estados Unidos, es una cosa que hace perfectamente palpable, muy palpable este artículo.

En lo que les enseñé, o que continué enseñándoles, digamos que es necesario que en cierta forma lo lleve siempre más lejos. Quiero decir que si, por ejemplo, les di algo que puede corresponder a la obra que algún día acabaré por darles, si lo hubiera entregado en el momento del informe de Roma –y no lo hice, muy intencionadamente- ahí verían ahora cosas que, dios mío... ni siquiera puedo decir que pueda ponerlas a cuenta de lo que haya podido propagar yo, pero admitiendo que me hayan llegado ondas de otra parte que del reducido círculo al que me he consagrado siempre muy particularmente, que es fácil ver en ecos (un eco no siempre es el eco del ruido que uno hace, los ecos vienen de otra parte) y para decirlo todo, si ahora, aún las oficinas de pintura cultural, con que se sazonan los complejos de la burguesía desde el final de la última guerra, si esas oficinas resuenan desde hace algunos años al emplear, de manera más o menos pertinente, el término de significante, no me voy a vanagloriar por ello. Digamos simplemente que permití que la gente, de un medio que es el medio médico, que no siempre puede decirse que se distinga, en materia científica, por el hecho de estar especialmente a la delantera, digamos que la advertí a tiempo de que existían cosas en otra parte, por el lado de la lingüística, cosas de las que sin embargo debían dar cuenta si querían estar al día. Todo eso es el lado caduco, si puede decirse... de lo que sin embargo, no por ello deja de causarme, por supuesto, dificultades.

Si mantuve un medio, digamos, en una atmósfera suficiente, desde el punto de vista de lo que ahora llamé, y muy intencionadamente, la dimensión de lo respirable, es por supuesto que este es el aspecto más contingente, aquel que, dios mío, con el tiempo, sólo le interesará a quienes relatan los acontecimientos de la época. Por supuesto, es que lo importante son las aristas, el nervio de una cierta construcción que, por su parte, ha aparecido lentamente, a medida que he creído poder sostenerla con ejemplos cualificados, de una orientación de la experiencia determinada, de algo que no es fácil hacer que llegue hasta la primera fila de las preocupaciones, de los primeros planos de ciertos foros en que las cosas se discuten con conocimiento de causa, y que lo que he podido destacar de este uso tiene evidentemente aspectos más difíciles y que tampoco es más fácil difundir justamente tal o cual cosa que sólo puedo designar con las letras de un álgebra. Ahí está la punta, ahí está lo eficaz del trabajo, al cual convoco a quienes tengan a bien escuchar lo que digo, no como una música agradable, hecha para recibirla de lejos, de cerca o desde otro lugar, ecos, sino como algo que exige un esfuerzo práctico y una puesta en ejercicio de esta práctica de la teoría de que se trata en mi discurso.

Que nadie se alarme por lo demás con lo que haya podido decirse aquí, además, apoyándonos únicamente en un texto él mismo americano, con lo que haya podido decirse aquí sobre las posibilidades, siempre tan difíciles de medir, también de los vuelcos que podemos esperar en cuanto al porvenir de lo que sucede en las Américas. Yo que hasta aquí dios mío no he tenido el tiempo ni la oportunidad de ir a ver allá mismo cómo tiene lugar ese juego –aun cuando tal o cual, diría, me representa allí, de cierta forma, y que tenga, dios mío, la sorpresa también de ver que tal o cual, que no preveía, se interese en lo que escribo-, pienso para mí, que en verdad todo puede hacerse oír en las Américas y que a partir del momento en que uno se tome el trabajo, aún la doctrina que tienen ustedes la bondad de llamar lacaniana, puede también un día, encontrar allí sus efectos menudos y que no está condenada por esa razón a sufrir los efectos de una misteriosa peste que tampoco hay que caer en la error de acordarle una consistencia demasiado esencial. Son los años venideros los que nos darán cuenta de todo esto.

Quisieron ustedes sostenerme este año con su interés, su presencia y su amistad. Permítanme agradecerse antes de desearles felices vacaciones.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila

Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Belén del Rocío MORENO CARDOZO

Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN

Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA

Javier JARAMILLO GIRALDO

Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ

Pilar GONZÁLEZ RIVERA

Tania ROELENS HRNCIROVA

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

[pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com](mailto:pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com)